



Fantasia en alquiler

Quique Quagliano

Me miró dos veces

Me miró dos veces. Me miró, bajó la mirada como tratando de procesar lo que veía y me volvió a mirar. Aunque disimulé, no quise ofenderlo con mi descortesía de parecer un fisgón. Decidí enfrentar la situación, porque ¿qué hay peor que no dar la cara? Entonces lo miré a los ojos, seguro como estaba de que con solo ese gesto se sentiría obligado a darme alguna explicación. Funcionó.

"Te miré dos veces, disculpame", me dijo. "Pero sucedió que de primera no te reconocí, por eso volví a mirar, como confirmando que, efectivamente, eras vos."

Sin poder salir de mi asombro, retruqué, "¿Cómo es eso de no reconocirme? ¿Tantos años juntos y me decís eso?"

"Yo qué sé", me dijo algo abrumado, como buscando una excusa. "Te vi desde muy chiquito en brazos de tu papá, tocando tu reflejo para reconocerte en él. Te vi ya de mayorcito, intentando dominar esos remolinos imposibles con gomina antes de salir para la escuela. Seguiste creciendo y te vi peleándole al acné con cuánta crema te traía tu vieja. Te vi luego bien empilchado antes de salir para el trabajo. Y te vi más tarde enseñándole a tu hijo a afeitarse usando el mango de una cucharita a modo de navaja. Y seguí mirándote, día tras día. Y ahora me doy cuenta de cuánto tiempo pasó, ¿no? Por eso, cuando hoy te miré la primera vez me pareciste otro. Noté, porque no había prestado atención antes, el paso del tiempo y las canas y las arruguitas aquí y allá. Pero cuando te volví a mirar, vi en tus ojos que aquel chico seguía allí, y agradecí que hubiéramos hecho todo este recorrido juntos."

La verdad es que me hizo emocionar, el muy turro. Iba a responderle, pero al final no me atreví, porque lo sé, es imposible engañar al hombre en el espejo.

Microplásticos

La mujer compra té en saquitos en el mercado del chino de la vuelta. La caja más barata, la de nombre 'en argentino', porque las que vienen en inglés cuestan tres veces más y no da el bolsillo. Ni se atreve a pensar en comprar café y la yerba se fue muy arriba, así que con un tecito calentito y alguna masita de las que quedaron de anoche ya está mejor.

Llega a la casa y pone la pava para preparar el primer saquito de la caja. Piensa en dejar un poco en la taza para después, cuando se enfríe. Con un algodón se lo pasa por el ojo y le alivia la molestia de ese orzuelo que vuelve cada tanto.

La tele está prendida en algún canal de noticias. Siempre está así, la distrae un poco. Una señora de linda voz dice la noticia: “científicos descubren que, al pasarlos por el agua caliente, los saquitos de té liberan microplásticos”. La locutora explica que son los microplásticos y el daño que hacen a la salud.

La mujer en su cocina revuelve una vez más el té en su taza mientras piensa en su suerte. Le quedó algo de azúcar.

Obituario triple equis

Falleció la actriz de películas adultas en su propio lecho. Vivió intensamente cada año hasta el sesenta y nueve. Alcanzó la fama aún con pocas películas en su haber: el director solo la puso en cuatro. Celebraba con extravagantes fiestas su onomástico todos los años en enero el día ocho, preparándose para ello muy bien el siete. Toda una estrella, sin dudas, que será recordada con pena por todo aquel a quien le compete.

De papel

Me gustaba jugar con mi barquito de papel en el hilo de agua, ahí junto al cordón.

Cuando la anciana de mitad de cuadra (digo “anciana”, y seguramente era más joven de lo que soy yo cuando escribo esto), decía, cuando María, la señora mayor que vivía a mitad de cuadra baldeaba la vereda, arrastrando con su escoba el agua hacia el cordón, mi sencillo hilito de agua se convertía en un río impetuoso que empapaba y terminaba deshaciendo mi barquito de papel.

Y ahora que lo pienso, la vida tiene algo de eso.

Tal vez vivir consiste en tomar otro papel, limpito y seco y armarse de nuevo, después de que el río impetuoso vuelva a ser un caudal, uno que permita navegarlo así, como jugando, junto al cordón de la vereda.

Ojos tristes

Me miró con esos ojos tristes, casi al borde de las lágrimas, y comprendí que desde ese momento nuestros destinos estarían enlazados en un único deseo. Uno intrincado, confuso, como un deseo ajeno que se parece a la ilusión de alcanzar algo, aunque no sea real.

De esto hace ya varios años, tengo que hacer un esfuerzo para recordar cuantos, en los que compartimos techo y diván, momentos y ausencias, comida y soledad, angustias y consuelos.

Nuestras conversaciones versaban sobre arte, música, libros, viajes y sueños, aunque generalmente tenía la impresión de que solo yo hablaba. Confieso, egoístamente, que el eco de mi propia voz se me hacía suficiente como para presumir algún tipo de interés de su parte en que siguiera yo con mi perorata. Nunca me lo reprochó, así que no abandoné jamás aquella práctica.

Finalmente, un día llegó la noticia más temida. Ella partiría y me dejaría con mis soliloquios, mis comidas, mis ausencias y mis consuelos. Y un diván vacío. Desesperado, busqué en un profesional alguna palabra que me hiciera pensar que otro final era posible. Insistí, traté de persuadirlo hasta transformar mi ruego en un clamor urgente. Le reclamé,

-¿Está usted seguro? ¿No hay nada que podamos hacer?

-No, contestó secamente el veterinario.

Antídoto

Me detengo, pienso y me digo, debo dejar esta maldita sensación de soledad. Miro entonces alrededor y veo que por entre la maraña de desgracias humanas, surgimos.

Yo tú él nosotros vosotros ellos, surgimos. Digo mejor, re-surgimos. Quienes amamos, soñamos, sembramos aún en la nada intentando cosechar algo del todo, volvemos a surgir cada vez.

Porque si hay un renacer debe haber también un permiso, una habilitación que es a la vez una obligación, la de resurgir entre los despojos, entre lo que las cenizas van dejando.

Cenizas de un incendio que no provocamos, pero sufrimos. De un despojo que no buscamos pero que nos desviste de todos modos. De una desesperanza impuesta desde el afuera que niega la resurrección pendiente.

En nuestro resurgir, en cambio, nos aferramos a la esperanza. Nosotros, juntos, somos nuestro antídoto contra la soledad.

La zona

No hay frase tan trivial como aquella de 'salir de tu zona de confort'.

¿Qué está diciendo, señor? ¿A mí, que a lo largo de mi vida construí para mí, ya no un área sino un espacio importante, una habitación tan grande que envidiarían desde Litto Nebbia hasta el mismísimo Van Gogh?

Con el pasar de los días, meses y años allí acomodé sin esfuerzo mi guitarra, en ese rincón; en otro rincón mis discos, ahí mismo al lado de las cajas que aún no abrí y los libros que aún no leí. También están mis recuerdos bien ordenados y mis olvidos guardados en un cajón.

Hay fotos, carteles, partituras, imágenes de besos dados y también de besos negados. Los exámenes aprobados están apilados sobre una mesa; los reprobados, más pesados, están en el suelo.

Mi zona de confort es tan cómoda como los años que me tomó construirla, tan cálida como los recuerdos que guardo dentro y tan serena como la música que suena apenas abro la puerta.

Usted me dirá que hay personas que necesitan salir de su zona de confort. Yo no. Ya cerré la puerta y afuera hace calor.

Disquisiciones

-Al final, ¿sabés qué pienso? -me dijo.

Mis conversaciones con el Loco Mario siempre comenzaban así. Como si sus diálogos no tuvieran lugar solo en su cabeza, me lanzaba la pregunta o la conclusión sin ponerme antes al tanto de aquello que estaba dialogando consigo mismo.

-Cuando era joven -continuó-, mi cabeza era un infierno mientras mi cuerpo funcionaba a la perfección. Ahora que soy viejo...

-Vos no sos viejo -insinué-, tenés que...

-No me interrumpas -me dijo, abrupto-. Ahora que soy viejo, mi cabeza anda bien, se acomodó, pero mi cuerpo me pasa factura todo el tiempo.

-Bueno -quise intervenir en su disquisición-, sucede que...

-Pará, ¿no entendés? -disparó casi con furia-. Lo que te quiero decir es que no sé si sé con cual quedarme, pero me inclino a pensar que, de no poder congeniar ambas cosas, cabeza bien lubricada y cuerpo cero km...

-Siempre sacando a relucir tu pasión por los fierros, vos...

-...no sabría qué elegir -me ignoró-, aunque al final la cabeza se arregla, viste.

Carraspeó, como para aclarar la voz y continuar, pero se llamó a silencio. No dijo ni una sola palabra más al respecto. Pero claro, es el Loco Mario. Seguramente sigue buscando una respuesta conversando consigo mismo.

Después de todo, lo entiendo. Siempre creyó que aquellas eran sus conversaciones más inteligentes.

Distintos tiempos, diferentes lugares

Se conocieron casualmente, de paseo ambos por el parque de la ciudad. Conversaron larga y animadamente esa tarde, se dijeron cosas, tejieron historias, rieron juntos. Fue la última vez que coincidieron en espacio y tiempo.

Porque inexplicablemente cayó sobre ellos una especie de maldición, una condena a vagar por esta vida y por este mundo sin volver a encontrarse. Aunque lo desearan, a pesar de anhelarlo, por más que lo buscaran, no volverían a encontrarse. Jamás.

Cuando él llegaba a la ciudad Tal, ella ya había partido. Cuando ella arribaba al pueblo Cual, él ya no estaba porque había partido hacia Aquel. Y así en más, vez tras vez, año tras año.

Podría suponerse que en estos tiempos de hipercomunicación las cosas serían más sencillas. Porque claro, al inicio de la relación la correspondencia principalmente era el medio, su manera de saberse cerca -y no la telefonía de larga distancia, fuera de su alcance. Y con cierta dosis de razón sospechaban que la morosidad del Servicio de Correos tenía gran parte de la culpa de sus desencuentros. Cuando arribaba la correspondencia, ya era tarde. Él ya estaba en otro lugar, ella ya había partido de otro sitio.

Pero no. Ni el correo electrónico, ni los mensajes de texto, y ni siquiera la mensajería instantánea, todos ellos omnipresentes e impertinentes, nada podían contra aquel estigma del desencuentro: él y ella no llegaban jamás a coincidir en el mismo espacio y tiempo.

Aún hoy, si se les pregunta ellos afirman que lo lograrán, en algún lugar algún día lo conseguirán, aunque íntimamente guarden el inefable anhelo de que aquel encuentro no se de muy tarde, demasiado tarde.

Ellos desean estar frente a frente y sentir que se agita su respiración.

El enano en el reloj

Recuerdo de pequeño, en aquellos años de ingenuidad, de viejitos regalones con traje de color publicidad de gaseosa y camellos comedores de pasto, que teníamos en la cocina de nuestra casa un reloj colgado en la pared. Tanto me llamaba la atención, que un día pregunté cómo funcionaba y la respuesta de alguien de mi familia fue tan segura, tan contundente que no dejaba lugar a dudas: "tiene un enano adentro que pedalea en un aparato parecido a una bicicleta".

Acostumbrado yo a ver los enanos de jardín en casa de la tía Nelly, aquello me pareció gracioso pero muy posible. El enano para mí pedaleaba, aún con el cable eléctrico tendido y conectado a la vista. Bendita sea la inocencia de la niñez.

Todo esto viene a cuento de que me levanté esta mañana y me miré al espejo. Lo primero que pensé fue, juro que, sin intención, "enano, deja de pedalear, que te parió".

No creo que me haga caso.

Introducción para un cuento que podría terminar mal

Esta historia comienza como comienzan muchas historias: con un muerto. Sí, allí estaba, era él, ¿quién lo diría?

A decir verdad, el asunto comenzó cuando él y yo hablamos más temprano por teléfono,

- "Al llegar a la Avenida, en la esquina con la cortada, doblá", me dijo por toda indicación. "Es la puerta descascarada con restos de pintura blanca".

El silencio de aquella noche sin gente y sin autos -insólito momento en esa Avenida tan transitada- cayó como plomo sobre la zona, tan oscura como la noche misma.

- "No me advertiste sobre esto", le respondí en mis pensamientos como si estuviéramos frente a frente.

Seguí caminando con la sola compañía de mi sombra, una aliada entregada sin embargo a los caprichos de un farol intermitente. Al escuchar mis propios pasos en el silencio me creí personaje de la novela que me desveló hace un tiempo. Una de misterio, era.

Al llegar a la puerta descascarada con restos de pintura blanca, di tres golpes y al tercero la puerta se abrió sola. Ese hecho, más el agudo chirriar de los goznes, logró sacarme de mis pensamientos y, no lo puedo negar, advertí que más allá de esa entrada comenzaba una historia.

La luz fría, parpadeante, había preanunciado una igualmente fría bienvenida, tanto como la muerte misma. Que no era la mía.

Fantasía en alquiler

Me citó en aquel bodegón oscuro del barrio, el de los vasos percutidos por mal lavados y manteles de papel. Ya conocía el lugar por haber saciado mil hambres allí, sellando siempre el menú abundante con el habitual postre de queso y dulce en porciones generosas.

Cuando llegué, él ya estaba sentado a la mesa, una para dos comensales. Tenía sus manos sobre la mesa, crispadas, como si fuera a pegar un salto o a levantarse y arrojar la mesa contra alguien más.

Al acercarme noté un brillo en sus ojos que me hizo dudar de quedarme, pero la curiosidad, sumada al tono ansioso que noté en su llamada telefónica pudieron más. Me saludó con su efusividad habitual y me invitó a sentarme a su lado, como buscando una pretendida intimidad de confidente y evitar que alguien más escuchase lo que tenía para decirme.

-Pedito algo, me apuró

-No, recién comí. En una de esas más tarde me pido un café, se me ocurrió por toda respuesta. La intriga del convite no me permitió abundar en la cuestión y me llamé a silencio, esperando que fuera él quien abriera el diálogo, que desde el vamos anticipé, sería un monólogo.

-No sabés lo que tengo entre manos, una locura, arrancó

-Sí, seguramente es una locura, pensé, pero no lo dije. No quise desanimarlo de entrada, pero de todos modos él no esperaba respuesta, porque me ignoró y siguió,

-Se me ocurrió al despertarme de un golpe en la cabeza, como al tipo de "Volver al futuro", ¿te acordás de la película? Bueno, algo parecido solo que no lo dibujé, lo tengo todo acá, dijo presionando su dedo índice sobre su sien.

Y comenzó. Me habló largamente sobre la existencia de seres fantásticos y su encuentro con ellos. Elaboró una muy detallada lista de tipos, nombres y características: dragones, elfos, ángeles, vampiros, hadas, licántropos, sirenas y un largo etcétera po-

blaban una improbable e interminable lista. Me aseguró enfáticamente, que vislumbraba la posibilidad real, según métodos también de su elaboración, de capturarlos y domesticarlos para luego darlos a préstamo por una módica suma. Seguramente, gente asustadiza, bromistas de toda calaña y aún los productores de películas de Hollywood requerirían de sus servicios, lo que hacía presuponer que su idea sería un negocio muy rentable. Con ese dinero podría ampliarlo y construir un parque para que los seres correteen libremente mientras esperan el próximo conchabo,

-Pero para todo eso preciso un socio, dijo, y pensé en vos.

Hizo entonces silencio, esperando una respuesta entusiasta de mi parte. Pero todo lo que atiné a decir fue,

-¡Vos estás loco! ¡El golpe te dejó más boludo que de costumbre! ¿Y para esto me llamaste?

Otro largo silencio. Entonces se levantó, mientras yo miraba sus ojos que comenzaban a apagarse, y en tono de resignación me dijo,

-Me doy cuenta, en este plano nunca me entenderás.

Se pasó la mano por el cabello, manchándosela con la sangre aún fresca, y desapareció. Se esfumó frente a mis ojos.

Entonces tristemente comprendí todo, y en aquella tristeza me consolé con la idea de que, a pesar de la desilusión que le provocó mi respuesta, él siempre tendría compañía. Nunca más estaría solo.

Rosario, febrero 2025